



ÁREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES

(ISSN 1886-6530)

www.area3.org.es

Nº 24 – Invierno 2020

¿Es posible articular distintas nociones de objeto y el Acompañamiento Terapéutico, en el contexto de la rehabilitación psicosocial? Reflexiones y una propuesta

Edgar Eduardo Hernández León ¹

RESUMEN

El presente escrito pretende dar cuenta de una experiencia, con la intención de poner en diálogo distintos recorridos. Recorridos que son la expresión de un continuo y sistemático proceso de búsqueda. Desde hace más de 13 años he venido desarrollando mi práctica asistencial en la atención a personas y familias organizadas por alguno de los diagnósticos de los denominados trastornos mentales graves, en distintas regiones geográficas, tanto en el circuito público y privado.

Ante la elección de la tarea me ha resultado básico centrar mis reflexiones en la noción de objeto, desarrolladas por distintos autores, y en un determinado dispositivo asistencial denominado acompañamiento terapéutico. La articulación de las distintas nociones de objeto y la distintiva particularidad del acompañamiento terapéutico, facilitan la necesaria flexibilidad y creatividad para la construcción de procesos internos y relacionales potencialmente transformadores.

Palabras clave: noción de objeto, acompañamiento terapéutico, proceso.

¹ Edgar Eduardo Hernández León es psicólogo. Madrid

“La eternidad es un reloj que no se detiene, un mánala que, como el cielo, gira eternamente” Jung (1944/2005, p. 127).

INTRODUCCIÓN

Considero que el compartir reflexiones y facilitar el intercambio es una iniciativa que puede resultar sugerente e ilustrativa para los profesionales que operamos día a día en el complejo campo denominado, por convencionalismo y cierto consenso, salud mental y rehabilitación psicosocial. Más que una elección entiendo es una necesidad dada la propia naturaleza de lo humano. Adicionalmente, al encontrarnos en un terreno complejo, está claro las respuestas a dichas preguntas tendrán que ser complejas. Sin dejar de lado la rigurosidad del contexto que nos convoca.

En el presente escrito intentaré dar repuesta a dos preguntas que me resultan angulares en mi práctica cotidiana, a saber: ¿cómo podemos entender el objeto en el acompañamiento terapéutico? y ¿qué lugar ocupa el acompañante en el mundo interno y relacional del acompañado a lo largo del proceso transitado? Planteamientos que de una manera u otra dejan entrever mi forma de aproximarme y entender el síntoma, el malestar, y en general, el sufrimiento psíquico individual y colectivo.

La disertación descrita se encuentra inscrita dentro de un marco reflexivo, el psicoanálisis. Dentro del mundo psicoanalítico podemos encontrar distintas sociedades y escuela que oscilan entre el empirismo y la hermenéutica. Es decir, aquellos herederos de un enfoque centrado en lo ocurrido en el aquí y ahora de la sesión, las interacciones, las transformaciones de estados afectivos y a partir de dicha información construyen hipótesis de trabajo. En este enfoque, considero que subyace la idea tan difundida de “en lo superficial está lo profundo”. Tal y como lo detalla Edgar Allan Poe (2006) en su carta robada. Por otro lado, encontramos los partidarios de un enfoque donde prima la especulación y el análisis simbólico del contenido emergente en las sesiones.

Entre dichas posiciones, diametralmente opuestas, surge cierta tensión. Para evitar repetir las múltiples discusiones que han caracterizado la historia del psicoanálisis, intentaré oscilar desde una posición a la otra a lo largo de las siguientes líneas con el fin de nutrir y enriquecer mis reflexiones.

Para dar respuestas a las preguntas iniciales, revisaré lo que entendían por objeto Freud, Winnicott y Pichon-Rivière. Me gustaría indagar las influencias teóricas, biográficas y el contexto cultural que permearon la elaboración teórica de dichos autores. Este recorrido me permitirá ir articulando nociones teóricas, técnicas y su aplicabilidad a un particular dispositivo asistencial denominado acompañamiento terapéutico (AT).

¿Cómo pretendo aproximarme a los autores?

Me guiará el espíritu de mi época. Es decir, me apoyaré tanto en autores de filosofía de la ciencia, como en autores contemporáneos dentro del psicoanálisis, que han realizado revisiones y aportes valiosos en distintos niveles.

Paradójicamente parto del contexto cultural actual para realizar el recorrido histórico que me planteo, soy consciente del riesgo asumido. En primer lugar, partiendo del principio de incertidumbre planteado por Heisenberg (1929). Dicho principio implicó una revolución importante a nivel epistemológico dentro de la teoría del conocimiento.

Kuras de Mauer y Resinizky en su obra titulada *El Acompañamiento Terapéutico como dispositivo (1)*, resaltan dicho cambio epistemológico:

“La complejidad propone la destrucción de los fundamentos de la certidumbre. El principio de incertidumbre (Heisenberg,1929) ya formulaba entonces la imposibilidad de realizar mediciones simultáneas de la velocidad y de la posición de una partícula. Al medir la velocidad la partícula abandona la posición en la que estaba. La teoría da por tierra con la creencia de una objetividad posible. El observador es parte intrínseca de toda medición, es partícipe y creador de conocimiento.” (2011, p. 39).

En segundo lugar, e íntimamente relacionado con el principio de incertidumbre. Comparto la idea planteada por Méndez e Ingelmo al aplicar dicho principio a la psicoterapia psicoanalítica. En su obra *La psicoterapia psicoanalítica desde la perspectiva del enfoque modular transformacional (2)* los autores resaltan:

“Para Bleichmar, nada tiene mayor poder de relativizar los valores, normas e ideales que comprobar, por un lado, cómo tuvieron origen en acontecimientos específicos y, sobre todo, que fueron instaurados por personas particulares” (2009, p. 244).

Tomando como referencia ambas citas, el principio de incertidumbre y su aplicación en la psicoterapia psicoanalítica, entender en qué contexto apareció, quién las dijo y bajo qué condiciones, es un recurso potente que nos permite relativizar las verdades universales y absolutas transmitida de generación a generación, a modo de axiomas incuestionables o dogmas de fe propios de la historia de las religiones.

El colocarnos las gafas de un neurólogo judío en la Viena victoriana, o en la perspectiva de un pediatra inglés durante la segunda guerra mundial, o en las ideas de un psiquiatra de origen Suizo en la Argentina de la década de los cincuenta del siglo XX, es una aproximación que nos puede permitir pasar de la falacia moderna, que sentenciaba de manera lapidaria que la teoría surge a partir de los datos, a la creencia post moderna que señala el papel activo del teórico-sujeto en la construcción de la realidad.

¿EMPEZAMOS CON LOS AUTORES?

El inicio en Viena.

Como suele ocurrir en estos casos tomo como punto de partida al fundador del saber. En relación a Freud, Mitchell y Black (2004), en su libro *Más allá de Freud. Una historia del pensamiento psicoanalítico moderno* (3), plantean que “para Freud, el objetivo del impulso era la descarga; el objeto era el medio accidentalmente descubierto para alcanzar ese fin”. (p.159). De esta cita podemos entender el objeto freudiano, en la primera etapa de desarrollo teórico, como aquello que de manera fortuita permite satisfacer la pulsión.

¿Por qué Freud define el objeto de esta manera? En su intento de hacer del psicoanálisis una ciencia reconocida por el mundo académico, explicó los fenómenos psíquicos a partir del paradigma reinante de su época, es decir, el modelo de las ciencias naturales. En el 2001 Nemirovski, en su artículo, enfatiza dicha idea: “podremos comprender que muchos de los motivos de angustia de Freud en el contexto inicial de sus investigaciones, surgieron del intento de ubicar al psicoanálisis dentro de las ciencias naturales, utilizando nomenclaturas tales como catexia, aparato psíquico, libido”. Freud durante su primera etapa de teorización se encontraba influido por la metodología de las ciencias básicas. Dicha influencia la podemos observar, entre otras dimensiones, en la noción lineal de causalidad que sostenía. Posteriormente, Freud modificó su metodología de trabajo pasando del empirismo inicial a la hermenéutica característica de sus escritos posteriores. Este cambio de perspectiva ha originado, entre otras consecuencias, la diversificación de postulados teóricos. Escenificando, algunos postulados, posicionamientos irreconciliables e históricamente enfrentados.

En la modernidad, época en la que Freud realizó sus investigaciones, el fin último de la teoría era representar la realidad y explicar la complejidad humana mediante construcciones teóricas. La modernidad fomentó la hegemonía de una esencia, una verdad universal. La complejidad humana era reducida y explicada a partir de ciertas dualidades y mecanismos psicológicos.

Adicionalmente, Freud vivió un contexto social particular. Muchos de los pacientes que asistían a su consulta formaban parte de la Viena burguesa y el conflicto angular en su sufrimiento era la sexualidad. Tal como lo señala Nemirovski (2001):

“La atmósfera de entonces, favorecía el desarrollo de la "prima donna" de los comienzos de siglo: la histeria, siempre necesitada de presencias. Como consecuencia, los primeros analistas, provenientes de ese mismo medio, centraban su atención en aquello que era obvio que concentrara su mirada: el complejo de Edipo y sus derivados, las neurosis.

Imaginemos a una mujer y un hombre a finales del siglo XIX inicios del siglo XX en la Viena Victoriana, en un despacho, hablando sobre sexualidad. Esta práctica para ser reconocida como científica tendría que estar regulada por ciertos principios que guiaran la ética de la praxis. En ese momento Freud postuló las reglas del psicoanálisis a modo de mandamientos.”

Más de un siglo después del planteamiento de Freud, Nuria Esteve Díaz (2017) analiza de forma detallada el pasaje al acto de la contratransferencia erótica, mecanismos asociados, vulnerabilidades e implicaciones, en tratamientos analíticos guiados por figuras relevantes del inicio del psicoanálisis.

Posteriormente algunos psicoanalistas han modificado algunas de las reglas, por ejemplo, Sándor Ferenczi en su trabajo relativo a la elasticidad de la técnica psicoanalítica, enfatiza la necesidad del analista de asumir una posición activa dejando de lado la neutralidad y la abstinencia. Luego Franz Alexander, en la misma línea que Ferenczi, al introducir la noción de experiencia emocional correctiva enfatiza la reexperimentación de vivencias afectivas y necesidades no resueltas del paciente junto al analista con el fin de instaurar nuevos modelos de relación. Dichas figuras y líneas de pensamiento, han revisado y modificado las reglas del psicoanálisis a la luz de los cambiantes significantes sociales que atraviesan los distintos momentos históricos regionales y globales.

El pediatra en Londres.

Continuamos con nuestro recorrido histórico. Dejamos de lado la Viena victoriana, cruzamos el canal de la Mancha y nos dirigimos a Londres durante la segunda y post guerra mundial.

Donald Winnicott ubicó el origen del sufrimiento psicológico en los déficits o fallos del objeto. Mitchell y Black (2004) resaltan:

“El objeto de transición, con su ambigüedad paradójica, amortigua la caída de un mundo en el que los deseos del niño actualizan en forma omnipotente sus objetos a un mundo en el que los deseos requieren para su cumplimiento una adaptación y colaboración con otros.” (p. 211).

Una posible comprensión que se deriva de esta cita, es entender el objeto como aquello que contiene las angustias del niño/a y provee el entorno necesario para la emergencia del verdadero self, es decir, Winnicott parece introducir la dimensión relacional del objeto.

¿Qué sabemos de Winnicott? Primero estuvo en medio de la disputa teórica entre Ana Freud y Melanie Klein, escenificada en la Sociedad Británica de Psicoanálisis. La noción que sostiene de objeto nos indica la influencia kleiniana en su obra y esto resulta más evidente en el hecho de que sus dos analistas, James Strachey y Joan Riviere, eran colaboradores cercanos de Klein. Adicionalmente, fue supervisado y mantuvo una estrecha relación de colaboración con Klein(4).

En segundo lugar, Winnicott a diferencia de Freud, primero pediatra y luego psicoanalista. Contaba con una dilatada experiencia y muchas horas de observación de relaciones madre-hijo/a. Por último, realizó un importante trabajo asistencial en hospitales atendiendo a población infantil durante y luego la segunda guerra mundial.

En relación al contexto cultural donde Winnicott ejerció su práctica profesional, Nemirovski (2001) resalta de manera aguda que “muchos sufrimientos psicológicos del hombre a partir

de la postguerra, son como consecuencia de no poder hallar con facilidad la presencia o la disponibilidad de un semejante, la comprensión, el encuentro, la cooperación intergeneracional, el respeto a la intimidad, que en plena sociedad postindustrial rehúyen tanto más que en la época de la modernidad freudiana”.

Un rango importante de los niños atendidos por Winnicott, manifestaban sintomatología característica de los trastornos psicóticos y rasgos propios de trastornos de personalidad grave, tal y como son descritos en la actualidad por los criterios diagnósticos de los manuales psiquiátricos de referencia internacional. Es decir, aquel rango de la psicopatología que se nutre de los desencuentros, las ausencias y la soledad, características definitorias de épocas de guerra y post guerra.

El nuevo mundo, América.

Seguimos nuestro viaje, dejamos a la Europa devastada por la guerra, cruzamos el océano atlántico y buscamos nuevas alternativas de existencia en América. La familia de Enrique Pichon-Rivière se establece en Argentina cuando él tenía 3 años. Estudió medicina y luego se especializó en psiquiatría.

En cuanto a su perspectiva, Pichon-Rivière, influido por la teoría de las relaciones objetales, entiende el objeto desde la visión kleiniana: “El impulso libidinal de amar y proteger contenía en sí mismo una imagen de un objeto amable y amoroso: el impulso agresivo de odiar y destruir contenía en sí mismo una imagen de un objeto odiado y odioso.” (Mitchell y Black, 2004, p. 161).

Desde la escuela kleiniana podemos entender el objeto como aquello cargado de fantasías, necesidades y angustias. Es una forma de comprender el objeto, similar a la idea de animismo descrita por Piaget en la etapa preoperatorio del desarrollo cognitivo del infante. Aquella etapa del desarrollo intelectual donde el niño atribuye vida, intenciones, necesidades y deseos a objetos inanimados.

Adicionalmente, Pichon-Rivière, tal y como lo describe Taragano (1985) en *Teoría del vínculo* (5), incluye la noción de objeto en un concepto más amplio, tomando de la sociología, el vínculo: “Podemos definir el vínculo como una relación particular con un objeto; de esta relación particular una conducta más o menos fija con ese objeto, la cual forma un pattern, una pauta de conducta que tiende a repetirse automáticamente, tanto en la relación interna como en la relación externa con el objeto” (p. 35). Es decir, el vínculo es una estructura relacional que incluye sujeto y objeto.

Al incluir conceptos como vínculo proveniente inicialmente de la sociología o campo psicológico, de la psicología Gestalt, planteó la idea de una psique abierta a la influencia del afuera y susceptible de modificación. Postulados novedosos en su momento. Un ejemplo lo podemos encontrar en la explicación que hace de la crisis epiléptica tipo gran mal a partir de la teoría de las relaciones objetales, entendiéndola como un trastorno psicosocial.

Es momento de reflexionar sobre nuestra época.

Partimos en nuestro viaje de la actualidad y retornamos a la actualidad. Desplazamiento similar a la imagen de totalidad propia del uróboros: aquella figura primitiva de animal serpentiforme que engulle su propia cola y con el resto del cuerpo dibuja una forma circular, imagen descrita por Jung (1944/2005) en psicología y alquimia.

Simbólicamente el uróboros puede representar el ciclo eterno de los procesos con su doble vertiente. Por un lado, concretiza el esfuerzo y la lucha eterna con fines transformadores, y por otro lado representa el esfuerzo inútil para cambiar el ciclo a pesar de las acciones emprendidas, a modo de la conocida compulsión a la repetición.

Luego de haber realizado este breve recorrido histórico, creo que actualmente asistimos a un contexto cultural distinto al de Freud, Winnicott y Pichon-Rivière.

El espíritu del tiempo contemporáneo nos imprime sus propias características, retos y limitaciones: la relatividad, el eclecticismo, las teorías como metáfora, la urgencia del tiempo, y la supremacía del poder económico. Me gustaría describir de forma breve cada una de ellas. La relatividad dotando de la tan necesaria flexibilidad al encontrarnos inmersos en las complejidades de la salud mental. En sus vertientes más extrema nos encontramos con la ausencia de principios definidos, dando paso a la arbitrariedad y el caos.

El eclecticismo entendido en oportunidades como expresión del necesario impulso integrador, y en otras muchas como un efímero maquillaje frente a la confusión, la ambigüedad y la vacuidad de contenido. Las teorías como metáforas de la realidad, metáforas que encierran una paradójica existencia. Por una parte, a modo de mapas útiles que acotan la realidad, y por otra parte el sesgo que implica la parcialidad de la mirada de los distintos modelos teóricos.

La urgencia del tiempo íntimamente relacionado con la dificultad para la postergación. Es conocida la gran discrepancia entre el tiempo cronológico característico de la administración, eje organizador de los tratamientos; y el tiempo psicológico de cada sujeto, de cada grupo, de cada sistema familiar. En muchas oportunidades la premura de los tiempos administrativos coincide con la intensificación de intensos procesos regresivos en pacientes con graves padecimientos psíquicos.

En relación a la supremacía del poder económico en nuestro contexto actual, me gustaría resaltar su principal consecuencia en un tipo de tratamiento donde el trato resulta angular. El aparataje burocrático y normativo que atraviesa las diversas instituciones, dificultan de forma significativa una clínica orientada a la individualidad, lo singular, lo único e irrepetible de cada ser humano.

En las características descritas anteriormente, podemos entender que subyace la idea de que vivimos una época permeada por la ambigüedad de los referentes, aquellas lejanas figuras de autoridad que en la modernidad garantizaban continuidad, colapsaron dando paso a referentes identificatorios inestables.

En este entorno surge el acompañamiento terapéutico (AT). Distintos autores señalan que el AT surge como una posición reivindicativa frente a las intervenciones características de la psiquiatría tradicional, que confinaban a las personas con enfermedad mental al aislamiento, la desconexión de la familia y del resto de la comunidad, generando un proceso continuo de desobjetivización del sujeto.

Resulta interesante revisar la transformación de la definición del AT, los distintos momentos históricos y áreas de aplicación. Sin embargo, dicho cometido trasciende el planteamiento inicial del presente artículo (6).

Podemos encontrar diversas definiciones de AT. Considero relevante el planteamiento de Kuras de Mauer y Resnizky (2011): “El acompañamiento terapéutico se instala y se sostiene por su sobredeterminación funcional; rescata entre otras cuestiones, la dimensión instituyente de la paridad en un contexto signado por la opacidad de los referente” (p. 35). Más adelante las mismas autoras enfatizan “nuestra idea es que el intercambio en horizontalidad produce modos de subjetivización complementarios”. (p. 35).

La relevancia dada por las autoras al intercambio en horizontalidad me resulta importante, por lo que retomaré dicha idea en el siguiente apartado.

A MODO DE CONCLUSIÓN

A partir de la reflexión en torno a la noción de objeto, considero oportuno volver a las dos preguntas iniciales que me guiaron a lo largo de estas páginas: ¿Cómo podemos entender el objeto en el acompañamiento terapéutico? ¿Qué lugar ocupa el acompañante en la mente del acompañado a lo largo del proceso relacional?

Guiado por la época que me toca vivir, corriendo el riesgo de resultar esquemático, planteo la siguiente hipótesis de trabajo, relativa a los distintos momentos que activan las diversas funciones del objeto:

1. Para un acompañado en un momento determinado, mi presencia ocupa el lugar de un testigo de su mundo interno, quien observa cómo vuelca sus frustraciones e insatisfacciones en relación a sus deseos significativos. En este escenario prevalece la distancia emocional entre ambos, lo que me sugiere asumir la posición de un observador pasivo. La definición de objeto que sostiene Freud, en su primera etapa de teorización, es equiparable a la posición que ocupó en relación al acompañado en ese instante.
2. En otro momento, en ese mismo acompañamiento, la persona, guiada por sus angustias persecutorias y con el fin de aplacar a su tirano interno de manera automática, me invita a formar parte de su relación objetal internalizada (sufriente-tirano).

En algunas oportunidades represento a una piltrafilla de acompañante atrapado en una relación de poder, donde me resulta imposible salir de la descalificación del tirano. En otras ocasiones represento aquel juez severo e implacable cuyo veredicto es independiente de las acciones del acompañado. Es decir, hay una alternancia entre la posición víctima-victimario

que intercambiamos y dicho interjuego nos permite explorar e integrar, en la medida que la intensidad de las angustias persecutorias y depresivas lo permitan, los objetos que constituyen el mundo interno del acompañado (7). En la externalización de la relación objetal internalizada mediante la identificación proyectiva, descrita anteriormente, podemos encontrar cierta analogía con la noción de objeto sostenida por Melanie Klein.

3. Durante el proceso relacional, surge con cierta frecuencia, la necesidad de que el acompañante contenga las angustias y facilite las condiciones necesarias, a modo de madre suficientemente buena descrita por Donald Winnicott, que permita la creación del espacio transicional. En el espacio transicional ambos miembros intercambian significados y símbolos, en dicho intercambio simbólico van emergiendo las dimensiones disociadas del self del acompañado, lo que permitirá su posterior integración.

Considero importante resaltar que dichas funciones de objeto, planteadas en los párrafos anteriores no siguen un orden lineal ni rígido. Dependerán de distintas variables, las cuales son aportadas por ambos miembros de la relación.

Para finalizar creo que es posible integrar las distintas nociones de objeto, pasando del endopsiquismo a una concepción del psiquismo abierto a la influencia del afuera.

El interés por integrar nociones provenientes de distintas escuelas psicoanalíticas y las resistencias que dicha actividad implica, es compartido por distintos autores contemporáneos, entre ellos, Hugo Bleichmar (1997). En su obra *Avances en psicoterapia psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas* (8) enfatiza al respecto:

“Cualquier intento de incorporación de dimensiones que no formen parte del arsenal teórico del grupo rápidamente es estigmatizado como implicado en una herejía por apartarse de lo único verdadero y descalificado bajo el epíteto de eclecticismo, que es usado como arma arrojada.” (p. 379).

Dicha integración nos permite mayor amplitud de mirada al momento de comprender la dinámica individual y colectiva, sus transformaciones y nos facilita mayor flexibilidad al momento de traducir dicho entendimiento en intervenciones específicas y concretos acuerdos al tiempo y las necesidades del acompañado.

Todo esto orientado al fin último de generar transformaciones a partir de encuentros significativos con otro, es decir, construir junto a nuestro acompañado alternativas de existencia que facilite salir de aquellos rígidos, estereotipados y dolorosos ciclos eternos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allan Poe, E. (2006). *La carta robada y otros cuentos*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
 - Bleichmar, H. (1997). *Avances en Psicoterapia psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas*. Barcelona, España: Paidós.
 - Esteve Díaz, N. (octubre, 2017) Transgresiones terapéuticas en la realidad y la ficción: reflexiones sobre la historia de la contratransferencia erótica. *Aperturas Psicoanalíticas*, 56. Recuperado de <https://aperturas.org/articulo.php?articulo=0000993#contenido>
 - Gabbard, G. (2009). *Psiquiatría Psicodinámica en la práctica clínica*. Buenos Aires, Argentina: Editorial médica panamericana. Tercera edición.
 - Grosskurth, P. (1990). *Melanie Klein. Su mundo y su obra*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
 - Jung, C. (2005). Psicología y alquimia (A.L. Bixio, Trad.). En *Obra completa (Vol. XII, pp. 72-128)*. Madrid: España. Editorial Trotta. (Obra original publicada en 1944).
 - Kuras de Mauer, S. y Resnizky, S.(2011). *El acompañamiento terapéutico como dispositivo*. Buenos Aires, Argentina: Letra viva editorial.
 - Méndez Ruiz, J.A. e Ingelmo Fernández,J. (2009). *La psicoterapia psicoanalítica desde la perspectiva del enfoque modular-transformacional. Introducción a la obra de Hugo Bleichmar*. Madrid, España: Ancares Gestión Gráfica, S.L.
 - Mitchell, S.A. y Black, M.J. (2004). *Más allá de Freud. Una historia del pensamiento psicoanalítico moderno*. Barcelona, España: Herder.
 - Nemirovski, C. (marzo, 2001). Las perspectivas de Winnicott y de Kohut en el psicoanálisis. *Aperturas Psicoanalíticas*, 7. Recuperado de <https://aperturas.org/articulo.php?articulo=149>
 - Taragano, F. (1985). *Teoría del Vínculo. Enrique Pichon-Rivière*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Visión.
- (1,2,3,5,8) Las cursivas son del autor del artículo.
- (4) Gruskort, 1990, ofrece una revisión detallada de la relación entre Winicott y Klein.
- (6) El lector puede revisar en Kuras de Mauer y Resnizky (2011) los planteamiento mencionados.
- (7) Para un revisión detallada de la externalización de objetos persecutorias mediante la identificación proyectiva en la las dimensiones transferecia-contratrasferencia revisar Gabbard 2009, capitulo 18.